

Vínculos

TERCERA ETAPA N° ESPECIAL - MARZO 2016 ISSN 2171-6676

REVISTA DE
PSICODRAMA,
TERAPIA FAMILIAR
Y OTRAS
TÉCNICAS GRUPALES

Especial

Avance del libro La antinomia Amor-Poder

Pablo Población



Vínculos

ITGP

Instituto de Técnicas de Grupo y Psicodrama



EDICIÓN

ITGP (Instituto de Técnicas de
Grupo y Psicodrama)

DIRECTOR

Pablo Población Knappe

COORDINACIÓN

Laura García Galeán
Miguel Buzeta Juanicorena
Mónica González Díaz de la Campa

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Mónica González Díaz de la Campa

Índice

- 3 Editorial
- 4 Normas de publicación

Avance del libro

La Antinomia Amor-Poder

- 5 CAPÍTULO 1: AMOR Y PODER
Una psicología dinámica desde un nuevo paradigma
Pablo Población Knappe
- 12 CAPÍTULO 2: PATOLOGÍA DEL AMOR Y DEL PODER
La patología del centro del amor
Pablo Población Knappe

Queridos lectores,

Tomamos del libro “La antinomia Amor-Poder: Un nuevo paradigma”, actualmente en escritura por parte del equipo del ITGP, una parte del capítulo 1 y otra del capítulo 2 de la obra. Así, antes de la publicación del libro, adelantamos algunos de sus contenidos al lector interesado.

P. Población

Normas para la publicación de artículos

Los trabajos se enviarán por correo electrónico a itgp@itgp.org incluyendo los siguientes datos:

Nombre y apellidos

Teléfono de contacto

Correo electrónico

Dirección

Breve reseña curricular

El Consejo Editorial de VINCULOS revisará todos los trabajos recibidos, con el fin de seleccionar aquellos textos que cuenten con el interés y rigor suficientes para ser incluidos en la publicación. No obstante, Vinculos no se hace responsable del contenido de los trabajos publicados.

El Consejo Editorial de VINCULOS contestará por correo electrónico, confirmando la aceptación o no de los trabajos recibidos, o indicando las sugerencias de edición oportunas.

REQUISITOS DE FORMATO

Los trabajos deberán tener una extensión mínima de 4 folios y máxima de 12.

Tipo de letra Times New Roman 12. Espaciado simple.

Si el artículo incluyera imágenes, éstas deben adjuntarse en formato de imagen (jpg, png,...)

El cuerpo del artículo debe contener al menos los siguientes apartados:

1. Breve resumen, sobre el contenido del artículo.
2. Palabras clave.
3. Desarrollo del artículo.
4. Bibliografía.

Esperamos su colaboración.



Nº Especial

Avance del libro:

La Antinomia Amor-Poder: Un nuevo paradigma

Pablo
Población
Knappe



www.itgp.org | itgp@itgp.org

PABLO POBLACIÓN KNAPPE

Doctor en medicina, psiquiatra y director psicodramático

Miembro fundador y ex-presidente de la Sociedad española de psicoterapia y técnicas de grupo (S.E.P.T.G). Miembro fundador y ex-presidente de la Asociación española de psicodrama (A.E.P). Miembro fundador de la sección de psicodrama de la Internacional Association of Group Psychotherapy (I.A.G.P). Docente clínico supervisor acreditado por la Asociación española de psicodrama (A.E.P) y por la sección de psicoterapia de grupo de la Federación española de asociaciones de psicoterapeutas (F.E.A.P).

Fundador y co-director del Instituto de Técnicas de Grupo y Psicodrama (ITGP) (1970) centro pionero de formación en psicoterapia psicodramática y psicoterapia de grupos, donde se han formado centenares de psicoterapeutas. Autor de numerosas publicaciones y libros relacionados con la psicoterapia.

Obras publicadas:

- López Barberá, E. y Población Knappe, P. (1997) La escultura y otras técnicas psicodramáticas aplicadas en psicoterapia. Barcelona: Paidós.
- López Barberá, E., Población Knappe, P. y Cols. (2000) Introducción al Role-Playing Pedagógico. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Población Knappe, P. (1997) Teoría y Práctica del Juego en Psicoterapia. Madrid: Fundamentos.
- Población Knappe, P. (2005) Las relaciones de Poder. Madrid: Fundamentos.
- Población Knappe, P. (2010) Manual de Psicodrama Diadico. Bipersonal, individual, de la relación. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Población Knappe, P. (2013) Yo te manejo, tú me manejas. El poder en las relaciones cotidianas Ed. Bilbao: Desclée De Brouwer (Serendipity).
- Población Knappe, P. y López Barberá, E. (en vías de publicación). El mundo de la escena. Psicodrama en el espacio y el tiempo. Bilbao: Desclée De Brouwer



Tomamos del capítulo 1 los siguientes párrafos:

CAPITULO I

Todo ser vivo, y por supuesto el ser humano, nace con una serie de mecanismos potenciales no solo de regulación de la vida y de potencia de su desarrollo sino también, de modo paralelo, de obtener una satisfacción del hecho de vivir. El cuerpo está constituido por un sistema de sistemas (V. Bertalanffy, 1968) El sistema nervioso en relación con el sistema endocrino son los que regulan los demás sistemas recibiendo a su vez información de todos ellos para continuar el proceso circular de regulación durante el proceso de crecimiento ya desde su desarrollo intrauterino, y, de modo más evidente desde el momento del nacimiento, y posteriormente a lo largo de toda la vida. Así pues, la necesidad de respirar, la sensación de hambre, de sed, la regulación de los potenciales de movimientos, de equilibrio, regulación frente al frío, frente al calor, etc. Estos múltiples inputs de información son recogidos por el sistema nervioso, o por expresarlo de un modo más real, al sistema neuroendocrino, recibiendo la regulación desde las respuestas nerviosas y endocrinas para obtener la satisfacción correspondiente a cada demanda del organismo. Es decir, el organismo posee genéticamente, como todo ser vivo, unos mecanismos para procurar el desarrollo. Por otra parte, recibe constantemente informaciones del entorno, luz, temperatura, presión, contacto, agresiones, etc. Y también del propio organismo, hambre, necesidad de aire, necesidad de la digestión, etc. Esta información es recibida por las terminales del sistema nervioso y procesado con

ayuda de los núcleos grises internos como la amígdala y otros que a su vez regulan el sistema endocrino. Esto quiere decir que, a modo de sistema superior, constituido por la sinergia del sistema nervioso y endocrino, controla el conjunto de sistemas que constituyen el cuerpo del ser humano incluido el cerebro con sus diversas funciones.

En las primeras edades, el infante no puede dar nombre a todo esto que ocurre en su organismo, no puede simbolizarlo, pero queda integrado a través de la memoria organísmica, término utilizado en psicodrama y que es próximo al concepto de memoria implícita (cita¿?), y en su conjunto se constituye en un mecanismo homeostático, cuya función primaria es cuidarse a sí mismo como ser vivo introducido en el medio ambiente, obtener bienestar a través de la satisfacción de las necesidades, podríamos decir metafóricamente, que es el origen del amor a sí mismo.

En el espacio de tiempo en que se desarrolla este proceso de crecimiento y adaptación en los animales superiores y de modo muy acentuado en los antropoides, aparece un modo de relación muy importante entre el hijo y la madre. Dada la inmadurez de la criatura humana precisa una ayuda durante un tiempo prolongado para desarrollar sus potenciales de supervivencia. Esta ayuda, en concreto en el ser humano, es especialmente fundamental en el primer año de vida, matriz de identidad indiferencia y diferenciada en el lenguaje psicodramático, prolongándose ya con una madurez neurológica en el segundo año de vida, en el que el niño puede comenzar a desarrollar el lenguaje verbal. En estos años la función de una madre

es ayudar con su amor, sus cuidados, atenciones, afectos a que el proceso de aprendizaje y desarrollo vital sean beneficiosos para la criatura. Si es así, refuerza esa vivencia a la que me he referido como de primer asomo de amor a sí mismo. El fenómeno de fusión se traduce en un mutuo aprendizaje integrado de amor, es decir el niño no solo aprende a quererse a sí mismo en mayor grado sino también a aquel/los otro/s representados ya por la madre.

Vamos a intentar resumir todo lo anterior en una breve película de lo que sucede.

El niño, antes de nacer, permanece en el vientre de la madre, alimentado a través del cordón umbilical. Aun no tiene control en absoluto de su organización personal. Prácticamente solo el corazón está funcionando. Inmediatamente después del parto, puede que el niño no respire. Un azote en las nalgas es la primera información que recibe de un nuevo espacio en el que acaba de introducirse. Este azote le hace llorar, respira. Por supuesto, no siempre es necesario el azote. Ya se ha cortado el cordón umbilical. El corazón envía sangre a los pulmones que la oxigenan, la sangre oxigenada llega al cerebro. El centro de gobierno cerebro-hipófisis comienza a hacerse cargo de todos los movimientos de los restantes sistemas, que comienzan a regirse y a relacionarse y a enviar y demandar información. El estómago pide alimento. El páncreas envía insulina. El intestino comienza a moverse expulsando las primeras heces.

Aparece la madre. Toma al niño y lo acerca a su pecho. El bebé en un reflejo instintivo, acerca su boca al pezón y comienza a mamar.

Hasta aquí el niño se ha organizado para obtener satisfacción de vida. Continúa la serie de actos de amor a sí mismo. El niño está en contacto con la piel de la madre, obtiene satisfacción de ella y con su contacto, sus manos y su succión le da placer a la madre. En este nuevo acto, aparece el otro, el socium. El yo, no solo es yo, es yo biopsicosocial.

Ya ha aparecido este nuevo yo que, insisto, es biológico y es psíquico y es social, porque no solo se da amor a sí mismo sino que intercambia amor con el otro. Las caricias de mamá, los gruñidos del bebé, sus risas, sus movimientos, su paz, y la paz que recibe de mamá, constituyen un conjunto, el primer sistema de relación.

Esto es así en el caso de una madre adecuada, positiva para el desarrollo del hijo, pero existen otros dos tipos de madres. La que rechaza al hijo, se siente irritada por tener que lavarlo, por sus lloros... por su simple existencia, teniendo constantes gestos de rechazo aunque intente compensarlos con una sobreprotección. En el extremo puede llegar a prescindir del niño o incluso acabar con su vida.

Una tercera posibilidad es aquella en que la madre siente una profunda indiferencia por el hijo, no le importa. Se establece una relación fusional de aprendizaje de vacío, de incapacidad para amar incluso para rechazar como en el caso anterior.

En la conjunción de los factores anteriores nos encontramos con un centro que llamamos del amor y que remite de modo amplio a las tres posibilidades de expresión dentro del área del amor. Se trata de un amor real, nunca absoluto, un rechazo del amor y un vacío de



amor. No se trata de que en la misma relación madre e hijo aparezcan estos tres ramales como hechos dominantes, sino en diferentes madres. Por supuesto siempre en cada una de las tres posiciones pueden aparecer resquicios de las otras dos formas. He dicho que el amor nunca es puro absoluto, porque hasta la madre más amorosa y dedicada tendrá momentos de irritación o de hastío y en los otros dos casos, también pueden aparecer, sea junto a la agresión, sea junto al vacío, momentos de cariño, de afecto, de dedicación amorosa.

A estas formas de relación que se establecen entre madre e hijo las he denominado escenas primigenias porque son las primeras escenas constituidas entre el rol madre y el rol hijo, no como roles complementarios sino como roles suplementarios. Con la expresión suplementario, designa Moreno (Rosa Cukier, 2005) el hecho de que en esta etapa madre e hijo suplen aspectos que el otro individuo no puede aportar. Estas escenas matizan o incluso condicionan en las situaciones futuras, los modos esenciales de relacionarse el sujeto consigo mismo o con los demás, sea desde un predominio de la aceptación, del afecto en su sentido más amplio, desde el rechazo y agresión hacia sí mismo y los demás o desde el vacío hacia sí mismo "soledad de mí mismo", y dificultad de percepción y expresión afectiva hacia los demás.

Entendido este yo que describimos aquí como centro de las relaciones de amor, es decir, como lo hemos denominado más arriba, es preciso aceptar bajo esta denominación que los tres ramales representan las tres formas que podemos encontrar en las distintas madres, pertenecen a distintas expresiones de

lo que podemos denominar amor en sentido amplio. Serían la aceptación, es decir, el afecto, la ternura, etc, el rechazo, como los aspectos negativos del amor, es decir, la agresión en todas sus formas, y, por último, la indiferencia, vacío o falta de expresión de este sentimiento. He tomado aquí los términos aceptación, rechazo e indiferencia de los que manejó Moreno para la evaluación de los test sociométricos, ya que con ellos tres podemos cubrir toda la gama de los sentimientos más básicos.

Cuando he descrito las escenas primigenias, es decir, las primeras engendradas, me he referido a estos tres modos de expresión vincular primario que se constituyen en el aprender y aprehender de unos modos de relación que se introyectan profundamente a niveles presimbólicos, es decir, en la memoria organísmica o implícita, como dijimos anteriormente, por lo que marcan profundamente un modelo existencial de vida, como veremos más adelante de modo más detallado, que implican una gran dificultad en su abordaje terapéutico.

Definido así el centro del amor o verdadero yo, aparece como un factor constituyente de modos de relación que pueden constituirse en fuente de cuadros patológicos profundos o modular el trasfondo de cuadros de menor intensidad patológica.

El otro constructo, al que de modo indiscriminado denomino ego, falso yo, personaje, etc, es el foco de las relaciones de poder. No es tanto un hecho primario biológico, sino una construcción psicológica. Sí es biológico, desde luego, en cuanto es una información que consta en las correspondientes estructuras

cerebrales, pero es una construcción producto de la relación con el entorno.

En la base de este otro foco dinámico, podemos encontrar, aunque no siempre es así, las consecuencias de una disfunción en la etapa de la escena primigenia, cuando ha predominado una primera escena fusional madre-hijo de rechazo o de indiferencia. Esta herida va a ser el cimiento inestable en el que va a crecer más adelante el árbol del personaje.

El siguiente paso está constituido por la entrada en la matriz de identidad diferenciada. La matriz de identidad indiferenciada junto con la diferenciada aparece, según dice Moreno, como la placenta social del niño, es decir, la introducción de éste en un sentido amplio y profundo en el mundo social externo, posterior a su vida uterina (Rosa Cukier op. cit). A partir de este momento, el proceso madurativo del niño con el desarrollo de su sistema nervioso y resto de sistemas, a lo que se añade la menor necesidad de atención de la madre, se traduce en una separación o independencia, diferenciación, que, si actúa sobre una escena primigenia de predominio del amor va a ayudar al proceso de maduración y primera independización del niño, con una nueva forma de interrelación expresada en un primer lenguaje de balbuceos, sonrisas, gorjeos, etc, correspondidos por la madre. Si esta separación encuentra una escena primigenia de rechazo, agresiva, el niño ya herido se siente abandonado y por ello con un monto mayor de revulsión y malestar consigo mismo y con la madre. He dado en llamar a esta situación escena diabólica y/o proceso satánico. Casi se puede utilizar lo antes dicho,

cuando en la fase anterior la escena era de agresión y ahora lo que predomina es un mayor vacío afectivo, una mayor soledad, ausencia de un objeto de amor y una soledad de sí mismo. He utilizado el término diabólico en cuanto este término, antónimo de simbólico, que implica unión, tiene la connotación de separación (el diablo es el "separador") y satánico por la impregnación de "maldad" que toma la figura de la madre.

Un hecho de gran trascendencia para el futuro del sujeto es lo que Moreno denomina matriz de la brecha fantasía realidad, se trata del momento en el que el niño comienza a percibir la diferencia entre lo que es real y lo que es producto de su fantasía. El niño ya sabe que aquellos monstruos que teme son productos de su mente y puede pasar del terror al juego. Pero lo fundamental de esta etapa es que se diferencian los roles psicodramáticos de los roles sociales. Se puede distinguir el rol de "mi padre" del rol de "un padre", el primero en relación al padre real, tal como lo ha percibido el hijo, y el segundo como una construcción nacida de múltiples referentes de padre procedentes de otros padres del entorno, de figuras parentales de cuentos, películas, etc. Podríamos decir que el orden de aparición de roles son en primer lugar los roles psicósomáticos que se conforman en la matriz de identidad, en segundo lugar los roles sociales, que es la percepción real de los roles (por ejemplo, "mi padre") y posteriormente, los roles psicodramáticos que aparecen diferenciados en la matriz de la brecha fantasía realidad, como producto de una elaboración y desarrollo de roles potenciales del mundo interno que tiene que ver con una construcción imaginaria



de los mismos. Esta diferenciación es trascendental en el momento de la terapia psicodramática pero también para toda la vida del individuo, ya que una falta de maduración funcional de esta matriz implicará una dificultad a lo largo de la vida para percibir la diferencia entre lo real y lo fantaseado, cimiento o base de la más variada patología.

A continuación, en palabras de Moreno, el infante penetra en un nuevo universo, en una matriz social determinada por la concreción de las figuras parentales, fraternales y de otros familiares en lo que denominamos matriz familiar. En ella se conforman una serie de nuevos roles en relación con las figuras parentales y demás, roles de hijos, de hermanos, nietos, etc.

En esta matriz tienen para mí una especial relevancia los roles reactivos a la figura de la madre y del padre. Se trata de lo que he descrito y denominado como la concepción cuaternaria de la familia. Ya no se trata de una familia ternaria, madre, padre, hijo, sino con cuatro elementos: madre, hijo de la madre, padre, el mismo sujeto como hijo del padre. El niño, ante lo que recibe de cada una de las figuras parentales, reacciona adaptativamente en mayor cuantía en cuanto mayor también perciba de modo consciente o inconsciente una exigencia, una alabanza o una crítica, siendo la información que recibe no solo verbal sino gestual, actitudinal o de modelado y tanto en lo positivo como en lo negativo y en lo ausente. Ante ello, construye un nuevo rol que denomino de supervivencia, en relación a la madre y otro en relación al padre, a veces muy diferenciado. Con estos roles pretende adaptarse, responder a lo que emiten sus progenitores y lo que persigue inconsciente, a veces

conscientemente, es obtener el mayor monto posible de aceptación, afecto, reconocimiento, valoración, etc. Es decir, se trata de un manejo de los padres y por tanto, de roles de poder, como también ocultar o compensar el dolor de los aspectos negativos que ha recibido en la relación con las figuras parentales.

Al hablar de los roles de supervivencia, los ponemos como respuesta a las actitudes y conductas de las figuras parentales que, no necesariamente, son las de los padres biológicos, sino de aquellas personas que puedan haber tomado un rol sustitutivo de aquellos. En el caso de faltar físicamente el padre o la madre, la respuesta aparece sustentada en la imagen fantaseada del ausente, construida por el niño en función de los relatos del entorno y de sus propios deseos y temores. Es interesante el caso de aquellos niños cuyos primeros años han transcurrido con “unos padres” y que posteriormente pasan a otra familia por ejemplo por adopción, lo que conlleva para ellos el replanteamiento de sus respuestas adaptativas, a veces con una gran confusión tanto para ellos como para los padres adoptivos (González, 2012).

De estos dos roles, el de mayor profundidad e importancia suele ser el que construye frente al rol de la madre pero también, aunque al principio aparece como secundario ya que la figura del padre se va descubriendo más lentamente, este segundo rol va comportando cada vez mayor relevancia hasta a veces confundir y ocultar el rol construido frente a la madre.

Llegados a este punto, podemos describir en el niño tres tipos de factores que pueden convertirse, cuando las situaciones son disfuncionales, en síntomas. Se trata de los que provienen

de las escenas primigenias, en los casos de escenas primigenias en los que ha predominado el rechazo o el vacío afectivo. En segundo lugar, las heridas significadas como consecuencia de actitudes y conductas de los padres, de crítica, calificaciones negativas y otras parecidas, como pueden ser la de "eres malo", "eres tonto", "tonto del haba" y otras parecidas que, repetidas se van constituyendo en cuanto roles adjudicados en roles asumidos por el niño y que tienen mucho que ver con esa necesidad de la construcción de los roles de supervivencia, que se constituyen como el tercer factor que marca y define lo que llamamos herida infantil.

Estos tres factores que podemos considerar como roles que aparecen en forma de síntomas a lo largo de la vida, componen el sustrato y raíces de lo que en un desarrollo posterior se conforma como el personaje.

No hay que olvidar la importancia de la presencia de hermanos, varones y hembras. El lugar que ocupa el individuo en el conjunto de hermanos, las diferencias de edad y de sexo, con lo que todo ello implica una toma de rol dentro del sistema familiar a veces con una resonancia fundamental para la vida del sujeto. En ocasiones esta influencia

surge ya en los primeros años de la vida pero en otras depende de los sucesos e incidencias de la biografía de la familia. En el juego relacional sistémico que forma parte del grupo familiar, la posición dentro del grupo de hermanos puede influir en el rol de supervivencia frente a las figuras parentales pero, sobre todo, estos roles están influidos de modo significativo por el sistema de fratría que refuerza, suaviza o modula aquel rol adaptativo. Aquí también tenemos que tener en cuenta las aportaciones de otros familiares, tíos, abuelos e incluso de alguna persona del servicio. Esto último tuvo gran importancia durante mucho tiempo pero está casi en desaparición en la actualidad.

En el caso del verdadero yo, o centro del amor, veíamos que podía expresarse de las tres maneras que hemos descrito, siempre dentro del hecho de que son las relaciones positivas o negativas en el ámbito del amor. Mientras que en el caso del centro del poder, que está empezando a construirse, su dinámica se centra en el manejo del otro para obtener un beneficio propio, sin importar el tú. Es el concepto que manejamos aquí del poder. Es el modo básico de expresión desde el ego, modo egocéntrico y o egolátrico de manipulación del entorno para reforzar dicho ego.



Tomamos del capítulo 2 los siguientes párrafos:

CAPÍTULO 2

La patología del centro del amor

En función de los avatares que vive el niño ya desde su nacimiento, pueden aparecer distintas disfunciones cuyo origen está en lo que he dado en llamar el centro del amor, verdadero yo. Podemos encontrar patologías nacidas de las tres escenas primigenias que están presentes en la constitución primera del Yo verdadero. Puede llamar la atención el que hablemos de patología del amor, pero tenemos que tener en cuenta que contemplamos el hecho del amor desde las tres posibilidades básicas, la existencia de amor, el rechazo e incluso agresión, como negación del amor, y la ausencia del mismo en la relación.

Puede parecer que cuando ha predominado la escena primigenia de amor, no haya lugar para ninguna patología. Pero si reflexionamos por una parte, y tenemos oídos y ojos abiertos para la expresión de los pacientes por otra, nos podemos encontrar dos formas de expresión de patologías nacidas desde este espacio. Una de ellas es la de aquel individuo que habiendo vivido una relación fusional muy satisfactoria, fantasea y espera, en su pareja, o en la amistad, a partir de aquí un amor "perfecto", incondicional, como aquel al que está acostumbrado, al que es adicto. Y cualquier fallo que enturbie esa expectativa se constituye en motivo de perturbación y angustia, de temor a ser malquerido. Otra posibilidad es que haya ocurrido, como es fácil que suceda, algún fallo emocional en un momento puntual

del predominio de la relación de amor, por ejemplo que la madre, sea por enfermedad, trabajo, o cualquier otro motivo, no haya podido estar atenta al hijo, o bien por una situación de malestar y agresividad latente en función de circunstancias en la familia, el trabajo, etc, haya trasladado este malestar a la relación fusional con el hijo. Cualquiera de estos dos avatares ha quedado como una huella negativa dentro del continuum de amor. Si el adulto se encuentra en una relación de profundo encuentro especialmente satisfactoria con su pareja y ocurre algo que repite o recuerda lo sucedido en esos momentos disfuncionales de la relación madre e hijo, el sujeto puede encontrarse consternado, sin comprender nada, y cubriendo con fantasías dolorosas lo sucedido como un intento de comprender lo que, no siendo más que una anécdota sin importancia para cualquier otro, para él se constituye en un motivo de profundo dolor. De modo súbito, y desconcertante, se introduce una ruptura en la continuidad del amor que puede llegar a crear un temor latente en aquel que había vivido hasta entonces una casi incondicionalidad de amor.

Cuando predomina el rechazo, en esa etapa de fusión madre e hijo, matriz de identidad indiferenciada, la resultante es que el proceso que podríamos llamar vincular primario es la agresividad, el rechazo que no solo se interioriza como una tendencia al rechazo del otro cuando más próximo emocionalmente se encuentra, sino también aparece como rechazo y agresión hacia sí mismo. Este modo vincular permanece aprehendido en la memoria organísmica de tal manera que su presencia puede aparecer a lo largo de cualquier momento de la vida cada vez que existe una aproximación a otro o a sí mismo.

Un ejemplo: Carmen vivió una infancia de gran dureza con un padre lejano, como era habitual en la época en que Carmen era niña. Por otra parte su madre había rechazado, incluso quizás odiado, desde su nacimiento a aquella criatura que era hija única. Tratándose de una familia de clase media acomodada, había recibido una educación social firme que hacía que su relación habitual con su entorno fuera no solo correcta, sino agradable. Pero en los momentos en que había por cualquier motivo una cercanía más allá de lo social, aparecía de un modo sorprendente su modo de vincular agresivo ¿podríamos hablar de amor destructivo? De este modo, en un ejercicio durante una sesión de psicodrama en que se le propuso acercarse mutuamente a un hombre que se podría considerar su pareja, en el momento del encuentro en el centro, se lanzó súbitamente a su cuello apretando tan dolorosamente que el otro sujeto en juego gritó asustado y también ella misma se mostró profundamente consternada al observarse a sí misma en este acto insólito. Otro síntoma que evidenciaba su interiorización de este modo vincular consigo misma, aparecía cuando se sentía contenta y abusaba de una serie de alimentos que sabía le provocaban un doloroso cólico vesicular. Parece que sobran los comentarios.

Cuando predomina la indiferencia en la etapa de fusión, la resultante muestra una cierta similitud con la anterior. El niño interioriza el vacío de amor y si no llega a un deterioro psicofísico o no muere, como a veces sucedía en los antiguos orfanatos, este vacío permanece a lo largo de la vida a no ser que algún suceso extraordinario o una psicoterapia profunda eficaz modifique la situación

interna, logre la rematrización. Estos sujetos, cuando adultos, muestran una grave dificultad, a veces imposibilidad, no solo de demostrar afecto sino de percibir en sí mismo este sentimiento. Solo encuentran en sí un desconcertante vacío emocional que suele traducirse en una vivencia de profunda soledad. Pueden también comportarse socialmente de un modo adecuado pero es en sus relaciones próximas, como en las de amistad y sobre todo en la relación de pareja, donde surge y aparece en primer plano este problema.

Ejemplo:

1- Roberto es el marido de una psicóloga en formación en psicodrama. En un momento determinado su pareja, Ana, demanda comenzar una terapia de pareja por el vacío que vive de afecto de Roberto. Llevan 11 años casados y tienen un par de hijos pero aunque hay un trato cuidadoso y atención material entre ambos, Ana aqueja el vacío afectivo, el hecho de que no percibe recibir de Roberto ninguna muestra de afecto profundo, cálido. Ya en la primera sesión de terapia de pareja, Roberto acepta este hecho aunque se muestra muy confundido, expresando que él tampoco lo percibe no solo hacia Ana si no hacia sí mismo, que ahora se da cuenta de que desconoce lo que son los afectos y que nunca ha sentido lo que los demás dicen de cómo son este tipo de sentimientos. Tras unas escasas sesiones de pareja, Roberto plantea algunas sesiones individuales. Se centran en lo que expresó de algún modo como "soledad afectiva de sí mismo". Los intentos de rematrización no dieron fruto. La pareja se divorció y Ana al cabo del algún tiempo se unió a una nueva pareja.



2- En este otro caso el más sorprendido fue el terapeuta. Se trataba de un hombre en la cuarentena, profesional libre, en cuya historia clínica lo más destacable era que desde la primera infancia había vivido en lo que entonces se llamaba una inclusa. En esta institución recibió un trato correcto en los aspectos materiales pero no recordaba ninguna actitud de afecto hacia él.

Durante meses intentó elaborar su vacío afectivo que le impedía “querer ni quererme a mi mismo” pero sin éxito. Al retomar las sesiones después de las vacaciones de navidad, expresó con gran alegría en el grupo, que había sufrido un cambio profundo y que ahora percibía su sentir, su capacidad de afecto. Ante la sorpresa de todos los presentes que le preguntaron a que creía que se debía este cambio, comentó que lo achacaba al gran amor que había mostrado el terapeuta hacia él en estas fiestas. El propio terapeuta estaba muy sorprendido, pues no recordaba ninguna conducta especial hacia él. El paciente continuó, ante el silencio de todos, que había recibido una tarjeta de felicitación muy cariñosa y que esto había sido para él como una iluminación y un encuentro con el afecto. El terapeuta que continuó en silencio, recordó que en realidad se había tratado de una tarjeta sencillamente impresa y que por ende se le había mandado por una equivocación de la secretaria. Se puede pensar que esta catarsis tan insólita fue propiciada por los meses previos de permanencia en un grupo que funcionaba como una rica matriz de crecimiento.

No todos los casos son tan extremos y evidentes como los descritos, tanto cuando predomina el rechazo como cuando predomina la indiferencia, porque

al igual que no hay una absoluta pureza en el amor, ya que siempre aparecen momentos, espacios, en la madre más amorosa de hastío, rechazo, sequedad afectiva, tampoco suele haber pureza en el rechazo y en el vacío porque las madres pueden presentar momentos de aproximación afectiva. No se puede considerar afecto o muestras de afecto a la sobreprotección que no deja de ser, casi siempre, más que una compensación inconsciente o consciente de la madre que tiene la constancia interna de la inadecuada actitud hacia su criatura.

En la práctica clínica, hay que tener muy presente estas posibilidades que hemos descrito, ya que los problemas de auto y hetero vinculación agresiva o en el vacío pueden achacarse a situaciones que remiten a la matriz familiar, con la consecuencia de intentar enfrentar la búsqueda de soluciones a través de escenas en las que las relaciones pertenecen a los roles complementarios. Esto puede conllevar un dar vueltas insistiendo en el trabajo psicodramático desde esta perspectiva. Solo cuando nos percatamos de que la causa pertenece a una etapa anterior en la que los roles en juego son suplementarios, podemos enfrentar el trabajo terapéutico desde otra óptica, casi siempre con técnicas de rematrización.

¿Qué es el poder y su patología? El síndrome luciferino. Su relación con el personaje.

Son múltiples las definiciones que podemos encontrar del poder, ya Hobbes se refiere a que el poder de un hombre consiste en sus medios presentes para obtener algún bien aparentemente

futuro, definición que abre el camino a mi propia posición. Hay que distinguir entre el "poder de" (poder de estudiar, de caminar, de hablar, etc.) al que se puede llamar potencia y "el poder sobre", que es una forma del precedente (es el poder de mandar y de hacerse obedecer), que es el poder en sentido estricto. No la simple acción posible, la sanción posible.... "Desde el momento en que la acción posible es acción posible (y reconocida como tal por una parte y otra) sobre la voluntad de otro, se pasa del poder de al poder sobre, y la acción posible es entonces inmediatamente acción real" (A. Comte Sponville. Diccionario Filosófico pág 408-409).

Este poder al que se puede denominar potestas, es el que manejamos en esta obra. Se trata de que a través de la acción, una orden o una manipulación, un sujeto obtenga algo de otro, individuo, grupo, etc, en un futuro inmediato o lejano, aún, con perjuicio del otro.

Desde lo anterior, aquí nos remitimos al poder como una posición del sujeto en la relación consigo mismo y con los demás, una posición en la que destaca el manejo desde el egocentrismo y que lo califica. Se puede describir como aquella forma en que A se relaciona con B para obtener algo de B en detrimento de éste último. Aquí B puede ser un ser humano, un grupo, una institución o cualquier otro conjunto de seres vivos. Desde esa búsqueda de beneficio del ego se justifica decir que el poder califica el egocentrismo.

La estructura de poder tiene su origen en determinados acontecimientos de la primera infancia. He situado su raíz primera en la matriz de identidad indiferenciada en la que si han predominado determinadas

formas de relación fusional madre e hijo, como son el rechazo y la indiferencia, se ha producido una primera herida que condicionará la posible funcionalidad o patología posterior en la cadena de sucesos pertenecientes a la matriz de identidad diferenciada, la de la brecha fantasía realidad, la matriz familiar y todos los espacios de crecimiento ulteriores. De modo general, describí en un trabajo anterior, "Las relaciones de poder (2005) que la aparición de una posición de predominancia del poder, podía deberse tanto a una disfunción importante en la atención al niño en los primeros años de la vida como a un exceso de atención, el caso del niño hijo único, sobrino único, nieto único... que se convierte en el ombligo del mundo. En este segundo caso la posición de poder le ha sido "concedida" por el entorno, le han colocado desde el principio en un pedestal. Esta posición de "onfalos", de ombligo del mundo, le imbuye la impresión de que tiene derecho a todo, de que puede abusar de los demás, que tienen obligación de cuidarle y adorarle. Recuerda a la posición de los condes medievales. Pero, esta misma posición existencial, por su propia irrealidad, es fuente de una inseguridad profunda, los cimientos se apoyan solo en la fantasía cultivada por su entorno en la infancia y pronto descubre que el mundo está lleno de situaciones lesivas que no puede controlar. En el otro caso, el niño menospreciado, falto de amor y valoración, ha trepado a este pedestal para compensar lo que no recibió. Parte de una posición de falta de valoración y/o afecto, que le provoca un sentimiento de desolación, de tristeza. Se percibe infravalorado, incapaz, y ante ello, trata de compensar esta situación de invalidez manejando el poder. Puede trepar a



un pedestal que construye él mismo, y desde ahí equipararse al sujeto de la historia anterior o cultivar y explotar para su beneficio, su supuesta invalidez desde el victimismo que le ofrece un poder de manipulación que cultiva y desarrolla hasta unos límites que le permiten sentirse poderoso desde esta posición.

Al final las dos actitudes internas, nacidas desde orígenes polarmente opuestos, se asemejan mucho en su producción intrapsíquica y relacional y solo con un estudio detallado y minucioso, pueden diferenciarse.

Con anterioridad hemos hablado del personaje como figura poseedora de las posiciones de poder. En el capítulo anterior hablamos de un verdadero yo, centro del amor, y un falso yo o falsa identidad como centro del poder, al que calificamos con frecuencia como el personaje. Veremos que este personaje ha nacido y se ha desarrollado como

consecuencia de distintas circunstancias relacionales. Su nacimiento veremos que está en los tres primeros años de la vida aunque siga tomando forma y matizándose en etapas posteriores del desarrollo.

La construcción de este ente puede dar lugar a muchas variedades del mismo, en realidad tantas como seres humanos, tan diferentes como las huellas dactilares pero con un trasfondo común como estas mismas que es el manejo del poder. De una u otra manera, hay una serie de características que destacan siempre en cualquiera de las posiciones de poder. Por supuesto, una de ellas es el manejo tal como acabamos de describir. Pero este manejo remite más a una actitud y forma de conducta que a un rasgo de personalidad más profundo, lo que nos lleva a una descripción de la personalidad típica que presenta aquel que se mueve desde el poder.

BIBLIOGRAFÍA

- Bertalanffy, L. V. (1968).** *Teoría general de los sistemas: Fundamentos, desarrollo, aplicaciones.* Ed. FCE. México, DF
- Comte-Sponville, A. (2003).** *Diccionario filosófico.* Barcelona: Paidós
- Cukier, R. (2005)** *Palabras de Jacob Levy Moreno, Vocabulario de citas del psicodrama, de la psicoterapia de grupo, del sociodrama y de la sociometría* São Paulo: Ágora.
- González Díaz de la Campa, M. (2012)** "Adopción e identidad. La multiplicación de roles defensivos en el niño adoptado". *Dossier XXVII Reunión Nacional de la Asociación Española de Psicodrama.* Madrid.
- Población Knappe, P. (2005)** *Las relaciones de Poder.* Madrid: Fundamentos.
- Población Knappe, P. (2013)** *Yo te manejo, tú me manejas. El poder en las relaciones cotidianas* Ed. Bilbao: Desclée De Brouwer (Serendipity).

